

Decálogo

del perfecto articulista

Efrén Giraldo

1. Cuando escriba, no se le ocurra pensar que lo hace para una generalidad o una esfera pública sobre la que se puede influir de alguna manera. “Cenáculo”, “gremio” y “lector especializado” son las variantes nominales para identificar a aquellos a quienes usted se dirige. Es importante hablar esa *lingua franca* que vela por la tradición disciplinar y el rigor científico. No importa que lo acusen de cerrar un círculo o de perpetuar la endogamia. El texto empieza en el saber y termina en él. El lector y el escritor son dos accidentes en una ruta cuyo fin es la visibilidad. Por supuesto, dé por hecho todo lo que escriba. Jamás se le ocurra darle contexto o definir cómo se ubica lo que usted piensa en un sistema de relaciones e intereses. Recuerde que basta con escribir para los pocos interesados en el tema. Ya es un privilegio contar para el mundillo de los entendidos. Las posiciones son

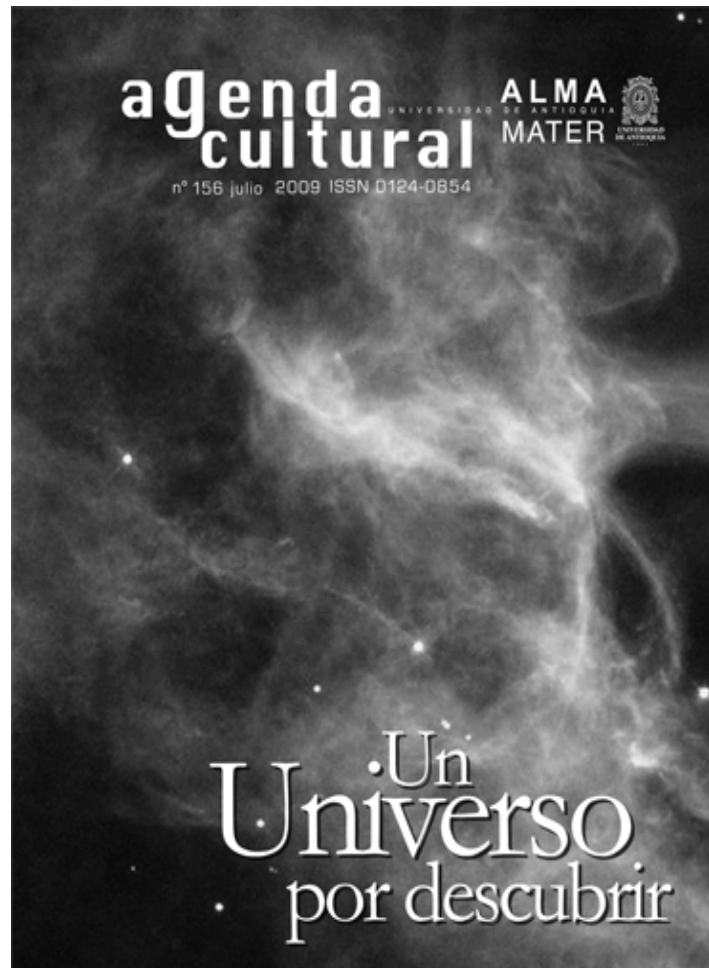
para el *Kamasutra*. A menos que, a la manera sesentera, usted entienda la polémica y la discusión como un lance cuerpo a cuerpo, casi orgiástico, con las palabras.

2. No se aventure a escribir de una manera que se pueda entender como “personal”. Hay formas ya hechas de comunicarse que no ofrecen riesgos. Existen protocolos de probada eficacia cuando se busca la necesaria cortesía que demanda el ejercicio académico. ¿Por qué aventurarse en giros y formas verbales que están por fuera de la manera cancellorca y aceptada de desenvolverse con los pares? Evada toda complejidad estructural en la redacción de las oraciones y haga uso de la máxima de Umberto Eco, aparecida en su célebre manual de trabajos de grado: “no seáis Proust”. En consecuencia, emplee oraciones simples. Y, si se inclina por las compuestas, no se le ocurra redactar cláusulas subordinadas que compliquen el razonamiento más allá de lo necesario. Se dijo alguna vez que cuando se quiere hacer inhumana a una sociedad se empieza por su lenguaje, pero las fantasías de los años treinta han quedado atrás.

3. Ahora bien, si su propósito no es la simpleza, sino impresionar, siga el procedimiento inverso, aderezando su discurso con palabras de más de cuatro sílabas, con neologismos y referencias ignotas que hagan pensar al lector que está frente al reto de descifrar el último de los arcanos. Algo parecido puede decirse del subjuntivo, que es ruina de la claridad y alimento de la oscuridad. Lo complejo es un camino, cómo no. Y, también, administrada en pequeñas dosis, es una buena manera de imponer respeto y hacer que el odioso lector superficial retroceda. La tradición de conocimiento general es anticuada, hacía parte de una idea aristocrática del conocimiento manejable y digerible que ya huele a rancio. La “cultura general” queda para los reinados y los noticieros.

4. Empiece redactando el texto por la bibliografía, acudiendo debidamente a las fuentes de rigor o, si es del caso, a las que más se están citando en este momento. La lectura de otros artículos puede ser útil. En todo caso, éste es el santo y seña para entrar en un juego cuya primera regla es el pie de página (o el

paréntesis, si hablamos “en americano”). Las citas y las referencias bibliográficas son como aquellas cartas de recomendación que, hasta hace algún tiempo, nos permitían soñar con una admisión laboral ventajosa. Los paréntesis con apellido y año son de gran



ayuda para mencionar a un autor sin comprenderlo y sin tener que referirse a algún dato



singular que ayude a individualizar lo que dijo. No matice ni dé a entender que ha hecho una apropiación personal de lo escrito por otro. Mucho menos, se atreva a controvertirlo o sopesarlo. Una cita es una pista que damos para dar a entender que hablamos en el lenguaje aceptado por la tribu, no el pretexto para una conversación. A su vez, cuando a usted lo citen, entienda que lo que está ocurriendo es un intercambio de carisma en el sistema de relaciones públicas de la iglesia académica. Citar imprecisamente, parafrasear,

cuestionar, parodiar (e, incluso, dialogar con otros autores) son ecos de una tradición despreciable. Desde que se coleccionaban citas en el Medioevo para usarlas como faro de autoridad, nada más ha pasado en el mundo. La cantaleta humanista de la apropiación personal del conocimiento no fue más que un paréntesis de liberalidad reprochable. El texto escrito es, más que nada, el depósito de lo dicho para siempre y nada en él debe ser provisional. No es un ensayo lo que usted escribe, por más que esta tramposa palabra haya sido usada para confundir al articulista y al productor de ciencia llevándolo al peligroso terreno de la opinión.

5. La idea de que existen los intelectuales pertenece a una era romántica, en la que se creía que el pensar y la comunicación de ese pensamiento no eran pasibles de anexión o instrumentalización por el sistema. Escribir en el café es imagen de película francesa. Sólo le queda, en una era como la nuestra, ser “muy profesional” y remediar la ausencia de cuestionamiento con las armas de la tecnocracia. La Universidad es, sobre todas las cosas, un espacio para

aprender a manejar instrumentos y llevar lo que se sabe a una aplicación visible y cuantificable. La calidad viene después y tiene sus propias escalas de medición. La utilidad no es una virtud dormitiva: es lo que ayuda a lidiar de manera decorosa con los implacables índices de gestión, a la vez calvario y gloria de los funcionarios. Decir que cada texto escrito es una nueva y singular manera de inventar el mundo es una divisa adolescente de la que hay que alejarse. Desinterés y gratuidad son los dos mayores lastres del subdesarrollo y la era de la información.

6. No olvide que el artículo es sólo un párrafo en ese gran texto que usted escribirá a lo largo de su carrera, una nota en esa sinfonía que será su *curriculum vitae*. De ahí que deba evitar ensayar en cada artículo alguna idea nueva o aislada, que no pueda ser el eslabón siguiente de la investigación exhaustiva que ha venido desempeñando o el comienzo para el siguiente artículo. Se escribe un texto pensando en lo que ya se hizo o en lo que se va a hacer. Todo debe estar calculado y obedecer a una coherencia prefijada. El del artículo, no es el espacio de

la ocurrencia. Cualquier riesgo, aventura o búsqueda deben suprimirse de su carrera como articulista, pues le harán perder el tiempo y lo apartarán de su meta. Es mentira que cada texto que uno escribe es singular y único. Cada vez que se publica, se está poniendo una pieza en ese *puzle* que cabe en el marco de cartón de la propia carrera. Adopte una manera uniforme de escribir, una metodología explícita para abordar lo que presenta y un propósito instrumental igualmente identificable. El espacio del conocimiento riguroso no es para la duda ni para confesar la propia impotencia. Y, si se mencionan límites, es para demostrar que se sabe segmentar, limitar, definir y dar las coordenadas de un territorio que nos pertenece sólo a nosotros. Como animal en celo, se debe defender, sobre todas las cosas, el derecho a reinar sobre la pequeña parcela de conocimiento que manejamos.

7. Cualquier referencia del texto a sí mismo debe hacerse para probar su coherencia, su orden o su pertenencia a un proyecto mayor. El espacio del artículo no es para la autocrítica ni para poner en entredicho ese sistema que vela por el mantenimiento

de la misma cultura articulista. De ahí que su texto nunca deba cuestionar algún tipo de política (cultural, editorial o académica). Quienes escriben artículos hacen parte de un juego donde no cabe interrogar las reglas. ¿Es posible escribir un artículo académico donde se muestre la misma inviabilidad de ese tipo de escritura cuando se convierte en caricatura de sí mismo? Piénselo bien. Verá que llegamos a una paradoja, un tanto curiosa, pero que no debe inquietarlo. Sólo a un escritor de ciencia ficción delirante como Asimov se le pudo ocurrir la idea de un autómeta que controla el universo y que después, por simple enfermedad de vivir, llega a autodestruirse. Colciencias no es Multivac y el mal del siglo no es virus que infecte a la burocracia.

8. Aténgase a expresar opiniones sólo en el área de su especialidad. A la hora de redactar el título de su texto y escribir las palabras clave y hacer el resumen, piense que a usted debe ubicársele con facilidad en el océano de información por donde debe navegar su barquito de papel. Muchos leerán sólo el título y, acaso, el resumen del artículo. Cualquier cosa intempestiva o

descentrada puede convertirlo en un marginal y en un desconocido para las autoridades. Nada de panoramas, relaciones osadas o digresiones que aparten de la finalidad primaria. Situarse fuera de las reglas de control disciplinar (o la salida, más ingenua, de pretender que hace tránsito entre disciplinas) no tiene ningún efecto. Usted sólo se hará más invisible y, a la larga, en su círculo inmediato no será visto ni siquiera como un excéntrico, sino como un ingenuo o un suicida profesional que desperdicia cada artículo para definir cuál es su nicho, su área de competencia.

9. Antes de publicar, pregunte si la revista está indexada. Ya que, si no es así, estará “botando pólvora en gallinazos” e incurriendo en un exceso de esfuerzo que nunca se verá recompensado. Además, puede haber el peligro de que incluyan lo que usted haga en las categorías de crítica, periodismo, escritura de opinión o, peor aún, en ese renglón con tufillo de miscelánea y cajón de sastre al que se da el nombre de “otros productos”. Incluso, hay que ir más allá del simple cuidado con el lugar donde se

publica. Tiene que escribir pensando siempre en ese tipo de publicaciones, utilizándolas como plantilla de la que se llenan algunos campos. La ventaja es que puede definir cuántas citas debe poner, a quién debe citar, qué extensión debe tener el texto, entre otras medidas que pueden ser bastante prácticas antes de coger la pluma. Así, podrá usted repartir lo que halló en alguna investigación o la conclusión que sacó con su tesis de posgrado en varios artículos donde le puede dar vueltas a una sola idea con rentabilidad duradera. Se trata de ser prácticos y aprender el juego. El sistema de redención de puntos de Almacenes Éxito es un buen modelo. Estudie el comportamiento de los cazadores de gangas. Todo es un juego de variaciones, a quién le cabe la duda. Es más importante publicar que escribir. Y, por supuesto, más importante ser leído que leer. Estamos en la era de la producción, no en la de la creación.

10. Si algunos de los anteriores ítems son vagos o no alcanzan a dar una idea de lo que debe hacer, busque manuales para redactar artículos. Todas las

técnicas y estrategias para hacerlo eficientemente están ya estudiadas y sistematizadas. Empiece por las instrucciones a los autores y, para llenar los vacíos que le deje la lectura de las primeras páginas y los índices de las revistas, busque bibliografía con los siguientes encabezados: cómo escribir un artículo, cómo se hace una tesis, cómo redactar un tema, etc.

Nota: La publicación de este texto no otorga puntos salariales a su autor.

Efrén Giraldo es Profesor de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia. Escribe este artículo, especialmente para la Agenda Cultural Alma Mater, como él mismo lo señala, convencido de que "por supuesto, es necesario un ámbito de producción científica, rigurosa y centrada en la especificidad de los saberes. Pero al ver el tipo de hábitos que produce el sistema de productividad académica, el tipo de relaciones con la escritura que fomenta, es difícil no tomar algún partido más bien hacia la crítica ácida de esta cultura asfixiante del 'articulismo' indexado y el tráfico de citas y referencias".